

## LA ÚLTIMA PROVOCACIÓN DE LUIS BUÑUEL

Acerca de *Mon dernier soupir* ([Mi último suspiro](#)), 1982

El propósito de Buñuel al publicar sus memorias no era aclarar tal o cual episodio mal conocido de su vida, voluntad que tampoco cabía esperar de alguien tan proclive a la ambigüedad, "natural y adquirida", como este cineasta, "ateo, gracias a Dios".

Las primeras palabras del libro son una dedicatoria: "A Jeanne, mi mujer, mi compañera". Las siguientes, una advertencia: "Yo no soy hombre de pluma. Tras largas conversaciones, Jean-Claude Carrière, fiel a cuanto yo le conté, me ayudó a escribir este libro". Es decir, que todas las apreciaciones vertidas en él se acogerán a la socarronería y a la aparente improvisación propias de la charla tertuliana, en la que no es preciso certificar nada de lo dicho, mayormente si cualquier categoría se eleva al límite. Ahí van unos ejemplos: "El Bajo Aragón produce el mejor aceite de oliva de España y quizá del mundo (10); una costumbre que tal vez sea única en el mundo (18); los españoles padecíamos un deseo sexual que tal vez fuera el más fuerte del mundo (40); los burdeles de Madrid son los mejores del mundo (54); había más de cien cipreses, los más hermosos del mundo (58); los Estados Unidos son el país más hermoso del mundo (108); en los huertos crecían las mejores hortalizas del mundo (120) ..." Sin embargo, cuando Marañón le dice que "las danzas folkóricas de La Alberca son las más bonitas del mundo", a Buñuel le parece una demostración de "nacionalismo barato y abominable" (119).

Esta falta de rigor, admisible como aliño de anécdotas intrascendentes, decepciona cuando se aplica a temas de mayor interés como, por ejemplo, su estancia en la Residencia de Estudiantes. "Puedo asegurar que, de no haber pasado por la Residencia, mi vida hubiera sido muy diferente" (43). Sin embargo, la única aportación sobre ese periodo, que reconoce trascendental, es una relación de gamberradas juveniles, realizada por la consabida lista de nombres célebres y algún encuentro fortuito con hombres egregios, como Primo de Rivera o el Rey, encuentros que no pongo en duda porque mi abuelo también los tuvo.

No cuesta creer que el desafuero presidiera las correrías de aquel grupo de jóvenes sin agobios económicos, pero conociendo los nombres de sus integrantes uno sospecha que debía de haber algo más. Al menos, eso nos parece cuando leemos los textos que García Lorca escribió en aquel mismo entorno. Claro, que a Buñuel le tiraba más la juega que el compromiso.

En consecuencia, el tono general de sus memorias es el desenfadado, y eso está bien. No tanto la excesiva frecuencia con que, al hablar de otros, el humor se hace sarcasmo e incluso maledicencia. Comentando un libro autobiográfico de Thirion, dice que "por supuesto, él [Thirion] se atribuía el mejor papel (aunque eso lo hacemos todos, a menudo sin darnos cuenta)" (103). Esta disculpa era innecesaria. Antes de empezar a leer unas memorias ya sabemos quién será el protagonista. La alusión a Thirion no es más que un ejemplo de la buena disposición de Buñuel a escarmentar en cabeza ajena los errores propios.

La actitud de Buñuel a lo largo de todo el libro es ladina. Es natural que el memorialista tienda a hermopear sus intervenciones subiéndose unos centímetros aquí, escurriendo el bulto allá. Buñuel no. Su manera de quedar bien es poner mal a los demás: Picasso era frío, arrogante y traidor; Dalí, un ser inseguro que siempre secundaba los pasos del autor: "Llegó a la Residencia tres años después que yo", "Hablé de Dalí al grupo surrealista. Fue admitido inmediatamente", "No llegó hasta tres o cuatro días antes del final del rodaje". En cuanto a Gala...

"Gala es una mujer que siempre he procurado evitar. La conocí en Cadaqués, en 1929. Vino con Paul Éluard, su marido, y su hijita Cécile. Yo me alojaba en casa de Dalí. Por la tarde, salimos todos juntos a tomar una copa. Hablábamos de cosas sin importancia y yo dije que lo que más me repugna de una mujer es que tenga los muslos separados. Al día siguiente, vamos a bañarnos y observo que los muslos de Gala son como los que yo había dicho detestar. De la noche a la mañana, Dalí ya no era el mismo. Toda concordancia de ideas desapareció de nosotros. No hablaba más que de Gala (...) Un día, después del almuerzo, me levanté bruscamente, la tiré al suelo y la agarré por el cuello. La pequeña Cécile, asustada, echó a correr. Dalí, de rodillas, me suplicaba que perdonase a Gala. Yo sabía que no la mataría. Lo único que yo quería era verle asomar la punta de la lengua entre los dientes" (81).

Con todo, la diana preferida de sus insidias es Lorca: "Una mañana le digo de repente: Federico, es absolutamente necesario que te diga la verdad sobre ti. Él me dejó hablar durante un rato, y luego me preguntó: ¿Has terminado? Sí. Ahora me toca a mí. Voy a decirte lo que pienso de ti. Dices que soy perezoso. En absoluto. En realidad soy... Y estuvo hablando de sí mismo durante diez minutos" (61). Ya lo ha perfilado como egocéntrico. Ahora entrará a matar: "Yo vacilo un momento, no sé cómo expresarme y a quemarropa le pregunto: ¿Es verdad que eres maricón? Él se levanta herido en lo más vivo, y me dice: Tú y yo hemos terminado". Tirada la piedra, toca esconder la mano: "Desde luego, nos reconciamos aquella misma noche" (53).

A Buñuel, educado en la virilidad machorra, cualquier otro tipo de virilidad le produce un repelús insoportable. Hablando de su despertar sexual y del de sus amigos, declara: "Conservo bastante buen recuerdo del colegio del Salvador. Ni el más leve escándalo sexual vino a turbar el orden. Afortunadamente, ignorábamos incluso la existencia de la sodomía" (15). "En nuestra juventud no nos agradaban los pederastas. Ya he contado mi reacción cuando tuve noticia de las sospechas que recaían sobre Federico. Debo añadir que yo llegué a desempeñar el papel de agente provocador en un urinario madrileño. Mis amigos esperaban afuera, yo entraba en el edículo y representaba mi papel de cebo. Una tarde, un hombre se inclinó hacia mí. Cuando el desgraciado salía del urinario, le dimos una paliza" (125). No lo puede remediar, si toca el tema tiene que nombrar a Federico, aunque la cuña no venga a cuento. O a la inversa, habla de Lorca y recuerda la anécdota de cuando Aragon fue a la Residencia a dar una conferencia y preguntó al director: "¿No conoce usted algún meadero interesante?" (53).

La sexualidad de Lorca es una china en el zapato de Buñuel, que insiste en ella aun cuando haga como que no: "Federico no tenía nada de afeminado ni había en él la menor afectación" (53). En todas sus memorias no considera pertinente hacer una aclaración de este tipo sobre ningún otro personaje, ni siquiera

sobre Dalí, cuya homosexualidad ha sido tratada en numerosos artículos y algún que otro libro.

Por una u otra razón, el roce con Lorca fue un lugar común en la relación entre estos dos genios: "Poco antes de *Un chien andalou*, una disensión superficial nos separó durante algún tiempo. Luego, como andaluz, susceptible, creyó, o fingió creer, que la película era contra él" (134). El crítico literario García-Posada publicó en Babelia, 4 de marzo de 2000, un artículo en el que afirmaba que Buñuel «le hablaba a Dalí de lo necesario que era para él librarse de "la influencia nefasta del García". Por eso éste creyó verse retratado en *el perro andaluz*.» En el mismo artículo, García-Posada matizaba que «nunca se trató entre ellos, o casi nunca, de rencores personales, sino de divergencias estéticas».

"Federico consideraba, y no sin razón, que yo era demasiado elemental, demasiado rústico para apreciar la sutileza de la literatura dramática. Tengo que confesar que la admiración que me merece el teatro de Lorca es más bien escasa. Su vida y su personalidad superaban con mucho a su obra, que me parece a menudo retórica y amanerada" (85). Convencido por Dalí para que escuche "una obra magnífica que ha escrito Lorca", *Amor de don Perlimplín...*, interrumpe al poeta para espetarle: "Basta, Federico, es una mierda" (85). Dalí se apresura a secundar su juicio. Con esta anécdota, Buñuel manifiesta que la obra de Federico carece de valor literario, que Dalí carece de criterio (al ensalzarla primero para repudiarla después) y que Lorca perdería la estima de Dalí tan pronto como Buñuel se lo propusiera.

Es posible que la inquina de Buñuel hacia Lorca escondiera un complejo de inferioridad por su torpeza con las letras, reconocida en varias ocasiones, "Si supiera escribir, no haría cine" (Cinelandia 11/93), y declarada al principio de este libro, "Yo no soy hombre de pluma". Puede. Lo cierto es que en su trayectoria pendular, son varias las ocasiones en que Buñuel se muestra encandilado por Lorca: "Juntos, los dos solos o en compañía de otros, pasamos horas inolvidables. Lorca me hizo descubrir la poesía (53). En 1934, nos habíamos reconciliado totalmente [y] aunque se dejaba sumergir por un número demasiado grande de admiradores, pasábamos juntos largos ratos" (134). A mí, la estimación "demasiado grande" me suena a pelusilla, lo que no debe sorprender en alguien tan posesivo como para retirar a su mujer de la gimnasia, de tocar el piano para otros, de asistir a las reuniones con los surrealistas...

Lo cierto es que sólo tras la muerte del poeta se atrevió a mostrar el afecto descomunal que sentía por él. "El anuncio de su muerte fue una impresión terrible para todos nosotros. De todos los seres vivos que he conocido, Federico es el primero. No hablo de su teatro ni de su poesía, hablo de él. La obra maestra era él. Tenía pasión, alegría, juventud. Era como una llama. Por la fuerza de nuestra amistad, él me transformó. Le debo más de cuanto podría expresar" (135).

Esta bipolaridad sentimental no se manifiesta en su relación con Dalí. Aunque diga que "Dalí y Federico serían mis mejores amigos" (54), nunca dedica al pintor palabras tan cálidas como las dedicadas al poeta.

En 1929, tras el rodaje de *Un chien andalou*, el distanciamiento con Dalí es evidente. "Me fui a Figueras, para reunirme con Dalí. Llego a Figueras, vía Zaragoza (donde siempre paraba, para ver a mi familia) y oigo gritos de cólera. El

padre abre la puerta bruscamente y pone a su hijo en la calle. Me dice que no quiere volver a ver a ese cerdo en su casa. La causa (justificada) es ésta: durante una exposición, Dalí ha escrito en uno de sus cuadros: «Escupo en el retrato de mi madre». Dalí, expulsado de Figueras, me pide que vaya con él a Cadaqués. Allí nos ponemos a trabajar dos o tres días. Pero (...) ¿Era ya la influencia de Gala? No estábamos de acuerdo en nada. Nos separamos amigablemente y escribí el guion yo solo. Finalmente, sería una película de una hora. Dalí me había enviado varias ideas por carta y por lo menos una aparecía en la película. Dalí, cuyo nombre mantuve en la ficha técnica, escribió después que *sus* intenciones al hacer el guion eran mostrar al desnudo los innobles mecanismos de la sociedad actual" (98). En estas líneas, Buñuel acusa a Dalí de irreverencia familiar, sumisión ante Gala y apropiación intelectual indebida.

Buñuel fue el hijo primogénito de un indiano poseedor de la tercera mayor fortuna de Zaragoza. Estudió en los mejores colegios y, cuando iba a clase de música, una criada le llevaba el estuche del violín (22). Cuando le apeteció, se fue a París (66), y allí se puso a trabajar en el cine sin cobrar (75), porque el dinero le llegaba de Calanda. Luego, pudo producir su primera película pidiendo a su madre el dinero, la mitad del cual se gastaría en salas de fiestas (87). Hablando en plata, Luis Buñuel fue tan burgués como su padre, sólo que al no tener que levantar una fortuna, se dedicó a tirar de ella.

En París, Buñuel se unió a los surrealistas: "Mi entrada en el grupo se produjo como algo sencillo y natural. Los surrealistas luchaban contra una sociedad a la que detestaban utilizando como arma principal el escándalo. La mayoría de aquellos revolucionarios eran de buena familia. Burgueses que se rebelaban contra la burguesía. Éste era mi caso. A ello se sumaba en mí cierto instinto negativo, destructor que siempre he sentido con más fuerza que toda tendencia creadora. Por ejemplo, siempre me ha parecido más atractiva la idea de incendiar un museo que la de abrir un centro cultural o fundar un hospital" (90). Según Buñuel, "los surrealistas luchaban contra las desigualdades sociales" (90). Lo que pasa es que tenían una manera de igualar muy suya: "Breton decía: «El gesto surrealista más simple consiste en salir a la calle revólver en mano y disparar al azar contra la gente» (105)". Los surrealistas eran tan igualitarios que lo mismo les daba cargarse a un banquero que a un albañil.

Buñuel refiere una ensoñación en la que acaricia la idea de un golpe de Estado que lo convierte en dictador mundial, privilegio que aprovecha para iniciar una caza de brujas contra los medios de información o para reducir la natalidad mediante un genocidio universal: "Imagino que convoco a una decena de biólogos y les doy la orden terminante de lanzar sobre el planeta un virus atroz que lo libre de dos mil millones de habitantes aunque ese virus tenga que atacarme a mí. Luego, trato de escurrir el bulto y hago una lista de personas a las que hay que salvar" (90). Ya casi al final del libro, Buñuel insiste en el tema aunque con algún matiz: "Me impresiona tan intensamente la explosión demográfica que sueño a menudo con una catástrofe planetaria que eliminase a dos mil millones de habitantes, aunque estuviese yo entre ellos. Esa catástrofe no tendría sentido ni valor a mis ojos más que si procediera de una fuerza natural. No soporto a los miserables fabricantes de desastres que cavan todos los días nuestra fosa común" (216). Lo importante es el holocausto. Luego ya, que sea natural o provocado, imparcial o selectivo depende del momento.

Buñuel defiende "la inocencia de la imaginación", porque "lo que sucedía en mi cabeza no concernía a nadie más que a mí" (150). Lo cierto es que cuando tuvo ocasión de ejercer su autoritarismo tampoco se quedó corto: "Me hice productor, un productor muy exigente y quizás en el fondo bastante canallesco" (121). "El grupo surrealista atacó un cabaret que imprudentemente se había apropiado del título de la poesía de Lautréamont *Les chants de Maldoror*. El cabaret fue saqueado y Aragon recibió un navajazo. Se encontraba en el local un periodista rumano que protestó airadamente por la irrupción de los surrealistas en el cabaret. Se presentó en Billancourt dos días después. Yo mandé que lo echaran a la calle" (98). El periodista no era conservador, a juzgar por la crítica favorable que había hecho de *Un chien andalou*. Simplemente se atrevió a protestar contra la agresión de los surrealistas y Buñuel le hizo pagar por ello.

Buñuel no tiene escrúpulos en mostrarse como un chulo. "La chulería es un comportamiento típicamente español, compuesto de agresividad, insolencia viril y autosuficiencia. Yo he incurrido en ella algunas veces" (75). "Una noche, en el Select de París, Claude Jaeger y yo echamos del bar a todos los clientes, con bastante brutalidad" (57).

Paso a paso, uno se va dando cuenta de que en lo único que Buñuel persevera es en la incongruencia [él prefiere llamarla "mi ambigüedad natural y adquirida" (197)]. Igual se da de bofetadas por un quítame allá esas pajas, como acata sin discusión un contrato leonino (164) o una cuenta desorbitada (203). Por un lado se queja de "los sábados y los domingos, siempre días nefastos en los que los turistas y los chiquillos ruidosos andaban por todas partes" (36), mientras por otro se regodea recordando cuando su grupo de *vitelloni* vagaba por las calles de Toledo, alborotando la noche con sus gritos sucios y borrachos. ¿Excesos de juventud? No parece. Veinte años después seguía manteniendo intacta su afición por el ruido: "En Nueva York, en los años cuarenta, cuando era muy amigo de Juan Negrín <sup>(\*)</sup> y de su esposa, la actriz Rosita Díaz, entre los tres tuvimos la idea de poner un bar que se llamaría «El Cañonazo», y que sería el más caro del mundo. En la puerta, para justificar el nombre, habría una vieja bombardera que se dispararía a cualquier hora del día o de la noche, cada vez que un cliente hubiese gastado mil dólares (...) Proyecto atractivo, pero poco democrático (...) Resulta interesante imaginar al modesto trabajador de la casa de al lado que se despierta a las cuatro de la madrugada al oír el cañonazo" (40).

(\*) Hijo del que fuera presidente de la II República.

Igualmente contradictorio se muestra respecto a la familia. "La religión, la moral y la familia son camisas de fuerza que impiden el desarrollo pleno del hombre". Es una conocida declaración de principios de Buñuel. En consonancia con ella, aquí dice que "la familia, en general, me parecía odiosa" (121). Sin embargo, la raíz *familia* aparece en sus memorias más de sesenta veces y, a excepción de esa cita, siempre con tono amable. Tampoco tenía motivos para lo contrario: "Mi madre me pagó el viaje [a París] y me prometió enviarme dinero todos los meses" (66). "Me voy a Zaragoza para pedir dinero a mi madre" (71). Es posible que su hostilidad hacia la familia no sea más que un exabrupto. Como ya se vio, cuando juega con la idea de exterminar la vida del planeta, procura la salvación de "algunos miembros de mi familia, mis mejores amigos, las familias y amigos de mis amigos..." (83). Y cuando Dalí es expulsado de su casa, Buñuel se alinea con el padre frente al amigo y desapueba que éste haya escupido sobre el retrato de su madre (97).

Lo que a Buñuel le disgusta no es el gesto en sí, sino la afrenta a la figura de la madre, ya que si el escupitajo va dirigido a la bandera francesa lo encuentra "delicioso" y lo encuadra entre las "hermosas hazañas del surrealismo", junto a la provocación al ejército francés, al ensalzamiento del "glorioso" ejército alemán (hazaña que los protagonistas resuelven huyendo con dinero ajeno o pidiendo perdón de rodillas) (101) o la utilización de una niña para que recite un texto pornográfico vestida de primera comunión (102).

La adhesión de Buñuel a los surrealistas aporta numerosos ejemplos de su doble rasero. De Borges dice: "Es un buen escritor, pero yo no respeto a nadie porque sea buen escritor. Hacen falta otras cualidades. Y Borges me parece bastante presuntuoso y adorador de sí mismo" (189). ¿No podría decir lo mismo de cualquiera de sus amigos surrealistas (y hasta de cualquiera que publica sus memorias)? Dice de los anarquistas que "no podía soportar su comportamiento arbitrario, imprevisible, y su fanatismo" (133). ¿No son estos los rasgos que rigen la conducta de los surrealistas? Recordamos: "El grupo surrealista atacó a un cabaret que *imprudentemente* se había apropiado del título de la poesía de Lautréamont 'Les chants de Maldoror'. Ya se sabe la *veneración intransigente* que los surrealistas profesaban a Lautréamont" (98). Pero Buñuel no condena la "veneración intransigente" de sus amigos, sino la "imprudencia" del dueño del cabaret.

Otro episodio destinado a demostrar la perversión de los anarquistas: "Durante una manifestación celebrada en Madrid, unos obreros atacaron violentamente a unos sacerdotes. Una revista anarquista describía así el incidente: «Ayer por la tarde, un grupo de obreros subían tranquilamente por la calle Montera cuando, por la acera contraria, vieron bajar a dos sacerdotes. Ante tal provocación...» He citado con frecuencia este artículo, como excelente ejemplo de «provocación»" (16).

Partiendo de que alguien enfrentado a un concepto combatirá también a quienes lo sostienen, la actitud de Buñuel resulta desconcertante. Afirma odiar a la familia, pero defiende a los miembros que la forman. Arremete contra la religión, pero simpatiza con los encargados de difundirla. Apareta ser de izquierdas, pero condena a los republicanos. "A principios de la guerra civil, todos los dominicos de aquel convento fueron fusilados (12); Mi padre regaló a la parroquia de Calanda un soberbio paso, que los anarquistas quemaron durante la guerra civil (13); Al arzobispo Soldevilla Romero (asesinado después por los anarquistas) (13); Un compañero que tenía dos años más que yo -y que sería fusilado por los republicanos (14); Una manifestación durante la cual unos obreros atacaron violentamente a unos sacerdotes, hiriendo a varios transeúntes y rompiendo escaparates (25); Manolo [Bello] fue fusilado por los republicanos (51); El poeta Hinojosa acabó fusilado por los republicanos (51)".

Por contra, uno sólo encuentra palabras de estima para el otro bando: "Yo tenía un tío sacerdote que era una bellísima persona (12); Conservo bastante buen recuerdo del colegio del Salvador (24); Conservo buen recuerdo de los jesuitas y del servicio militar (46)". A menudo, parece incluso añorar algunos aspectos del viejo orden, como cuando desliza su queja social ante el hecho de que allí donde había un colegio jesuita haya hoy un centro comercial, "como en todas partes" (24). Su tacto alcanza cotas insospechadas al esquivar las expresiones *fusilado* o *asesinado* en sus últimas palabras para García Lorca: "El anuncio de su muerte fue una

impresión terrible para todos nosotros". Dicho así, parece que la causa hubiera sido un accidente, una enfermedad.

Su inquina hacia los ácratas es tan irrefrenable que aprovecha cualquier ocasión para cargárselos. Así convierte los últimos fusilamientos del franquismo en "la ejecución en España de cinco activistas anarquistas" (182). En realidad, los ejecutados pertenecían al FRAP y a ETA, movimientos ajenos al anarquismo. Pero si su falta de rigor es chocante, aún más lo es que su condena no vaya dirigida hacia el dictador Franco, sino hacia el presidente democrático mexicano: "Echeverría decidió bruscamente, en cuestión de horas, toda una serie de medidas de represalia: ruptura de relaciones comerciales, suspensión del tráfico aéreo, expulsión de México de ciertos españoles. No le faltaba más que enviar las escuadrillas mexicanas a bombardear Madrid" (182). Parece que siempre se alinea con el mismo bando.

Probablemente, el perfil menos definido de Buñuel sea el de amante. A lo largo de sus memorias, suele presentarse rodeado de hombres, o como presencia impar junto a alguna pareja, o zanjando de forma abrupta cualquiera de las múltiples ocasiones amorosas que le brindaba su vida liberal. Da la impresión de que, "impulsado por esa torpeza que suele marcar mis relaciones con las mujeres" (100), pese a estar rodeado de mujeres fáciles, no se come una rosca. Sólo se encuentra a sus anchas cuando está rodeado de amigos y haciendo correr la bebida. Ni siquiera su esposa, mencionada en la dedicatoria como "mi compañera" y respetada a lo largo de toda la narración, parece ser para él algo más que un instrumento al que recurre de tarde en tarde. En el aspecto carnal, Buñuel se muestra como la versión aragonesa de John Wayne.

## EXTRACTOS DEL ARTÍCULO “CONFESIONES DE UN ATEO”

Fernando Orgambides, Babelia 21/03/1992

¿Murió Luis Buñuel creyendo en Dios? El secreto de esta pregunta lo guarda celosamente en México un padre dominico, Julián Pablo Fernández, hijo de un matrimonio de emigrantes asturianos instalados en América antes de la guerra civil española, que se convirtió en los últimos años del genial cineasta aragonés en su más fiel amigo y confidente. JPF es hoy subprior del convento de Santo Domingo de la capital mexicana.

“Yo creo que Buñuel, como buen español, fue creyente y como buen español también, perdió la fe, pero siempre mantuvo su educación cristiana. Lo único que rechazaba, y que se acomoda mucho al surrealismo, es la utilización de Dios, ese Dios social en el que nadie cree tampoco. Buñuel fue siempre un hombre místico. Recuerdo que me decía que entre él y yo no había diferencias, porque si yo creía en Dios, él creía en el misterio”.

“Un día Buñuel me preguntó: ‘Julián, ¿a usted le molestaría que yo creyera en Dios?’ Yo me quedé muy sorprendido, pero le respondí que sí, que me molestaría muchísimo y le dije: ‘Como a usted le molestaría que yo dejara de creer’. Esto es una anécdota. Don Luis se movía íntimamente y yo no estoy autorizado a responder si se confesó o no antes de morir”.

“Le conocí por su cine, a principios de los sesenta, cuando vi en París *Viridiana*”. [Luego, en México, JPF consiguió que el productor Gustavo Alatraste los presentara.] Corría el año 1965 cuando Buñuel y JPF iniciaron esa buena amistad que se cortó con la muerte del cineasta en 1983. Primero se veían una vez al mes, luego cada quince días, y en los últimos tres años todos los días sin fallar y puntualmente, de cinco a siete de la tarde, en la casa del cineasta “porque Buñuel era muy meticuloso con los horarios”.

“Yo residía entonces en Copilco y don Luis venía muchas veces al convento, la mayoría de las veces a almorzar con la comunidad. No nos permitía que le recibiéramos de civil. Nos quería con el hábito blanco. Esos encuentros se fueron estrechando hasta convertirse en una necesidad. Se hizo influyente entre nosotros y sus opiniones se tenían en cuenta. Él nos provocaba diciéndonos que era *jesuitoide* y nosotros le entrábamos al trapo. Llegamos incluso a colaborar en el guion de *La Vía Láctea*, aportándole documentos sobre las herejías o haciéndole traducciones del latín. En mi caso particular, me daba a leer los guiones y me pedía mi opinión, que me constaba que tenía en cuenta”.

“No puedo decir que fuéramos consejeros porque don Luis no aceptaba consejos, pero sí le gustaba escucharnos. Hablábamos de todo, de teología, de filosofía, de cuestiones sociales”.

JPF asevera que jamás definiría a Buñuel como ateo porque una cosa eran sus bromas y otra la aceptación personal de ese término. “Buñuel lo consideraría un insulto. Sí, en cambio, había en él un ateísmo social por la manipulación clerical o social del concepto de Dios. Era un hombre profundamente religioso en el sentido más puro de la palabra. Estaba religado al misterio, llámese Dios o llámese *el fin*”.